

MIEDO, EMOCIÓN E HISTORIOGRAFÍA *

FEAR, EXCITEMENT AND HISTORIOGRAPHY

FREDDY TIMMERMANN LÓPEZ
Universidad Católica Silva Henríquez
Santiago de Chile
ftimmer@ucsh.cl

RESUMEN

A través del examen de los elementos constitutivos de la emoción y el miedo, se establecen relaciones teóricas con la historiografía, determinando sus posibilidades de análisis. Se propone la pertinencia de la construcción de contextos emocionales en el estudio de objetos historiográficos a partir de una propuesta metodológica centrada en el análisis de discurso, en la construcción de macroformas textuales del miedo y su proyección contextual. Se amplía, de esta forma, la comprensión de los procesos históricos mediante los cuales el individuo aprehende y ordena significativamente su realidad social.

Palabras Claves: Miedo, Emoción, Historiografía, Inseguridad, Macroformas textuales.

ABSTRACT

Through the elements of emotion and fear, theoretical relationships to historiography are established, which determines your analytical capabilities. The relevance of building emotional contexts in the study of historiographic objects from a methodology focused on the analysis of discourse in the construction of textual macroforms of fear and its contextual projection. It expands, thus, the understanding of the historical processes by which the individual apprehends and significantly orders his social reality.

Key words: Fear, Emotion, Historiography, Insecurity, Textual macrostructures.

* Recibido: 27 de febrero 2015; Aceptado: 4 de mayo 2015.

I. INTRODUCCIÓN.

Se analizan los alcances del estudio de una emoción específica, el miedo, como objeto historiográfico, proyectando sus componentes desde la psicología y sociología de las emociones. Los trabajos historiográficos más conocidos sobre el miedo lo sitúan temáticamente en aspectos propios de una época, como, por ejemplo, el de Delumeau para la Europa del siglo XVIII (2002), Rosas Lauro (2012) para Perú, o Monitz para la Unidad Popular (2008). Sus elementos teóricos han sido enfatizados desde los setenta por historiadores como Flottes (1971) y Delumeau (2002) y, recientemente, por Rosas (2005), Bourke (2006), Anskernit (2008), Ginzburg (2009) y Stern (2009). Ello se amplía en lo tocante a las emociones con los trabajos de Stearns-Stearns (1985), Chóliz (2005), Rosenwein (2006), Belmonte (2007), Camps (2011), Maureira-Sánchez (2011), Moraña (2012), Zaragoza (2012), Plamper (2014). En parte, aquí se siguen sus presupuestos, aunque se considera que es necesario realizar un examen sobre la importancia del estudio del miedo como emoción por la historiografía, visualizando algunas de las tensiones epistemológicas que ello establece. Lo anterior se facilita porque desde las ciencias sociales se han propuesto avanzados elementos teóricos desde Lechner (1988), Escalante (1990), Domínguez (2003), Sofsky (2006), Bauman (2007), Mongardini (2007), Kessler (2009), Korstanje (2011), Ortega (2011), Feierstein (2012).

Establecer en forma preliminar los alcances teóricos del miedo en un estudio historiográfico releva la importancia de construir contextos emocionales para comprender en forma más profunda sus desarrollos, en que es el hombre como sujeto social quien busca visibilizarse.

En el presente artículo, primero, se analizan los afectos, emociones y la teoría del miedo. Posteriormente se expone una propuesta metodológica para su estudio, sus alcances, y una breve comparación con otros trabajos historiográficos recientes sobre miedo y emociones.

II. AFECTO Y CONCIENCIA HISTÓRICA.

La conciencia histórica se genera para operar contra la incertidumbre temporal (Malerba, 2013:121, 122), constituyéndose en un elemento fundamental que permite al hombre ordenar e interpretar la realidad para, con ello, realizar determinadas acciones. Se piensa en el presente trabajo que en este ordenamiento concurren elementos afectivos cuya consideración histórica amplía la comprensión del fenómeno humano. Si “sentimos y nos emocionamos de acuerdo con el entorno en el que hemos nacido y en el que vivimos”, si las emociones “adquieren

significado por la conciencia que el sujeto tiene de las mismas y que irradia en su forma de ver y valorar el mundo” (Camps, 2011: 29, 36) y si estas operan como mediadores psicofisiológicos de la razón para orientar la aceptación de la realidad contextual, y, por lo tanto, son intersubjetivas y fisiológicas a la vez, la historiografía debe considerar el estudio de los contextos emocionales que las originan para establecer la necesaria conciencia histórica epocal del objeto historiográfico en estudio.

Se habla del afecto, que “ha eclipsado a la razón como el vehículo epistémico dominante para la delineación de la forma y los límites del conocimiento y la construcción de significados culturales” (Reber, 2012: 94). Para Moraña, pese a ser una forma desterritorializada, fluctuante e impersonal de energía que circula a través de *lo social* sin someterse a normas ni reconocer fronteras, no puede deslindarse de los niveles éticos, estéticos y políticos que configuran sistemas interdependientes de significación que se sostienen entre sí y se proyectan como totalidades de sentido sometiéndose a incesantes procesos de interpretación. Si bien afecto y miedo no son solamente un aspecto del mundo, sino es el mundo *todo* entendido éste como universo de potencialidad afectiva, lo fundamental para el presente interés historiográfico es el proceso por el cual el afecto pasa “de la virtualidad al ser-en-acto” (2012: 320, 323). Es decir, se convierte en acción histórica.

III. LAS EMOCIONES.

La emoción está presente en todo proceso psicológico, siendo una experiencia afectiva. Abarca sistemas de respuestas cognitivos, fisiológicos y conductuales, que no necesariamente operan en forma sincrónica. Supone una cualidad fenomenológica característica. Sus funciones adaptativas preparan al organismo para actuar de acuerdo a lo que exigen las condiciones ambientales, “movilizando la energía necesaria para ello” y “dirigiendo la conducta (acercando o alejando) hacia un objetivo determinado”; sus funciones sociales facilitan la aparición de conductas, como expresar la emoción apropiada, central para los procesos de relación interpersonal, e influyen los aspectos motivacionales que le otorgan a ésta dirección e intensidad (Choliz, 2005: 3-6).

Hay consenso en que son distintivas en el ser humano la alegría, tristeza, ira, sorpresa, miedo y asco, pero no está aún definido si existen emociones básicas a partir de las cuales se construyen las restantes o si su reconocimiento es universal. Las emociones poseen indudablemente una dependencia biológica (Maureira-Sánchez, 2007: 183-189), pero interesa aquí proyectar su construcción

social. Sin duda, la velocidad fisiológica inicial de la emoción es instantánea¹, y solo una vez que, en el caso del miedo, opera más ampliamente definida en función de una adaptación social, esta tiene duraciones más prolongadas. Por ejemplo, el terror estudiado en el régimen cívico-militar en Chile entre 1973 y 1980, se desencadena con relativa gradualidad, dependiendo del grupo social que lo padezca, aunque en plazos temporales mayores. Allí, los elementos cognitivos y contextuales son centrales para su mantención. También los elementos fisiológicos siguen operando, como lo ha demostrado Feierstein al describir, en el marco de sus análisis de los mecanismos propios de un genocidio, los procesos de desensibilización neuronal que generan *pactos denegativos e ideologías del sin sentido*, es decir, que activan circuitos sociales donde la propaganda oficial, el control de la prensa, la represión política, la miseria económica y el rumor constituyen un todo estructural que impone una percepción de realidad en la que identidad sociopolítica se transforma, ya sea *cortando al revés*², o realizando una *inversión de sentido* (Donatello, 2010: 145-162), etc., procesos históricos que imponen un contexto emocional específico de desarrollo temporal extenso (Timmermann, 2014 a).

No existe acuerdo sobre la mayor o menor incidencia de las variables que generan la emociones, que, para Chóliz, van desde las posiciones evolucionistas y psicofisiológicas hasta las que privilegian las estructuras neurológicas centrales, aspectos conductuales y variables cognitivas (2005: 23-33). Sin embargo, sostener la existencia de un patrón único o estable al respecto sería menoscabar la capacidad de respuesta del hombre antes contextos diferenciados y cambiantes. Por ello, se piensa que las variables mencionadas por Chóliz pueden operar individual o integradamente en combinaciones distintas, de acuerdo a la necesidad contextual. Para el presente interés historiográfico, la variable cognitiva es de primera importancia, por los vínculos establecidos en el trabajo mencionado entre la forma en que la evaluación constante de un entorno percibido como peligroso o amenazante en contextos de inseguridad establece conductas sociopolíticas generadas por procesos emocionales. El estudio del lenguaje es central a la hora de establecer cómo una existencia significativa lleva a prácticas específicas, porque, se cree con Cabrera, el “cuerpo de categorías mediante la cual, en toda situación histórica, los individuos apprehenden y ordenan significativamente la realidad

1 Por ejemplo, luego que el estímulo llega al tálamo desde los sentidos, la vía talámica indirecta funciona 300 milisegundos después de la talámica directa, que actúa en niveles bajos de conciencia (Maureira-Sánchez, 2007: 186).

2 Al clarificar quién es el enemigo, “El temor deviene en hábito, reflejo de lo social invertido que lo refrenda por su negación”. “El miedo se revierte” y el Otro “aparece en uno mismo”. Este límite que se ha generado, “corta al revés” (Escalante, 1990:26,27).

social (y que, en consecuencia, opera como organizador básico de su práctica), no es el reflejo subjetivo de una estructura social objetiva, sino que constituye una *esfera social específica*, dotada de una lógica histórica propia” (Cabrera, 2001: 50). En el desarrollo de esta lógica, se cree en este trabajo que los afectos (que posibilitan ante la realidad una primera impresión en que las situaciones se valoran como alto-bajo o positivo-negativo), los sentimientos (que constituyen la toma de conciencia de que se experimenta una emoción)(Maureira-Sánchez, 2007: 184) y la emoción específica (aun cuando generalmente operan integradas a otra u otras), como el miedo en este caso, permiten comprender desde los contextos sociopolíticos, económicos y culturales la forma en que sus conceptos se convierten en significados debido a la acción específica adaptativa que se debe realizar; es decir, en esta lógica se integra al cuerpo, que también por medio de las emociones se establece como mediador de la acción histórica. El discurso otorga un significado al contexto social, preparando una acción en que el cuerpo por medio de las emociones calibraría este significado, según la energía y elementos psicofisiológicos particulares de que cada uno dispone.

IV. EL MIEDO.

En este estudio se percibe al miedo como una experiencia que genera un efecto emocional variable debido a la interpretación de una vivencia, objeto o situación como potencialmente peligroso, cuando su control o anulación es incierta. Con ello, se relevan elementos constitutivos³, como la emoción, interpretación, peligro o amenaza, dolor, control o salida y transcurso del tiempo, lo que permite analizarlo historiográficamente y determinar sus dinámicas. Simplificando lo anterior, su elemento central es la experimentación de una situación de inseguridad, por lo que su desarrollo temporal transitará hacia la búsqueda de un contexto de seguridad.

En cuanto afecto, el miedo “se cuenta entre las intensidades no discursivas que se deben reivindicar para producir cambios de subjetividad tanto en gran escala como a escala molecular, microfísica”, asentándose “más bien en el aspecto energético, diseminador y socializante de la descarga emocional” (Moraña, 2012: 316, 321). Es decir, un elemento central para su comprensión es considerarlo como una emoción. Estas “Son múltiples y hablan con voces diferentes y, a menudo, discordantes” (Bauman, 2007: 85). “Son tan importantes como los intereses, pero mucho más profundas y más poderosas”(Mongardini, 2007: 42).

3 En parte similares a los que expone Kessler como pertenecientes a lo que denomina “sentimiento de inseguridad”: representaciones, discursos, emociones y acciones (2009: 35, 36).

Específicamente, el miedo pertenece a aquellas emociones que “pueden ser cotejadas con el objeto para discutir su racionalidad” (Kessler, 2009: 38, 39), porque se origina cuando se produce una interpretación de una vivencia, objeto o información como peligrosa o amenazante pudiendo estar vinculado a elementos específicos que lo generan. Para Bauman, “Tememos aquello que no podemos controlar, denominando *incomprensión* a esa imposibilidad de control; cuando hablamos de la *comprensión* de algo, nos referimos a nuestro conocimiento técnico sobre cómo abordarlo”. Para él, miedo es el nombre que damos a nuestra incertidumbre e indefensión (2007: 10, 124). Pero, paradójicamente, un contexto normado genera miedo, y también aquel no normado. Todo límite, o su ausencia, produce temor.

Por lo anterior, el análisis cultural considerando la carga emocional de los significados es útil para distinguir cuando estos se adquieren en el nivel de mero reconocimiento -“se conocen y se repiten, pero sin el asentimiento personal y sin consecuencias para la vida práctica”- y cuándo se asumen como significados sobresalientes cognitiva y emocionalmente -“son apropiados e internalizados y generan compromisos”-. Las emociones “nos alertan sobre las cosas que importan y por qué importan” siendo creadas y sostenidas en interacciones intersubjetivas, desencadenándose por cogniciones, basándose en un objeto intencional, considerando su juicio evaluativo. Están ligadas al orden social en una comunidad, pues implican la asunción de patrones socioculturales determinados por la experiencia, manifestados en situaciones sociales específicas (Rodríguez, 2008: 158, 148, 152). Importante es resaltar entonces que las emociones están vinculadas en su manifestación a conocimiento, específicamente a creencias. Para Nussbaum, “la mayor parte de las emociones involucra evaluaciones del objeto que la genera y aprecian el objeto como significativo y no trivial revelando a veces patrones “de los que no teníamos experiencia previa” (2006: 40-49. Kessler, 2009: 40).

Es necesario precisar más ampliamente algunos aspectos del miedo, como la inseguridad, su psicofisiología, los procesos de desensibilización y pacto dene-gativo y su carga simbólica.

IV.1. La inseguridad.

Un elemento central en la comprensión de la dinámica del miedo es considerarlo como una vivencia que se experimenta en una situación de inseguridad, por lo que su desarrollo temporal transitará hacia la búsqueda de un contexto de seguridad. La psiquiatría ha demostrado que la necesidad de seguridad es fundamental en el ser humano, pues éste no se desarrolla en la incertidumbre (Delumeau, 2002: 81). Aun cuando la necesidad de seguridad “es estructural en

nosotros”, el conocimiento del pasado “parece demostrar que está necesidad se reforzó con la afirmación de la modernidad” (Delumeau, 2002:20). En el mundo contemporáneo, se procura controlar la inseguridad y, con ello, el miedo. Foucault expresa que, a diferencia del principio disciplinario, que se aplica sobre el desvío a la norma jurídica para controlar los cuerpos, el de la seguridad regula de antemano los factores que infieren en la seguridad interna, es decir, enfrenta la incertidumbre. Por ello, su función es crear dentro de la sociedad el consenso necesario para aceptar la situación dentro de ciertos límites que llevan a aislar la peligrosidad. Los dispositivos de seguridad tienden a ser centrífugos, abarcando circuitos cada vez más amplios, como la psicología, los consumidores, los vendedores, la forma de pensar de los productores, etc., pero deja hacer, no todo, pero “hay un nivel en que la permisividad es indispensable”. Agrega que “La función de la seguridad consiste en apoyarse en los detalles, no valorados en sí mismos como bien o mal” pero sí “tomados en cambio como procesos necesarios e inevitables”. La seguridad fija la estrategia en cuanto al riesgo y la crisis (Korstanje, 2013).

IV.2. Psicofisiología del miedo.

El miedo es un estado de alarma que genera una serie de reacciones, liberando una energía inhabitual y difundiéndola en el organismo, descarga que es en sí misma una reacción utilitaria de legítima defensa (Delumeau, 2002: 9, 10). Para Korstanje, el temor tiene como función principal darle al organismo (animal o humano) una rápida respuesta frente a un peligro dado (2011). Los miedos comienzan en el cuerpo y se desarrollan a partir de él, como cualquier otra forma de comunicación y de socialización (Mongardini, 2007: 4). Produce transformaciones en el sistema neurovegetativo, a nivel de la epidermis, en el sistema cardiovascular y respiratorio. Además hay secreciones y reacciones vasomotoras, se modifica la diuresis y el ciclo menstrual. Las pupilas pueden modificarse y los músculos esqueléticos tensionarse o temblar por las secreciones antagónicas de adrenalina o acetilcolina que activan el sistema simpático y parasimpático. El cerebro activa algunas estructuras de la región diencefalo-mesencefálica, especialmente el hipotálamo (Mannoni, 1984, Maureira-Sánchez, 2011). El efecto psicofisiológico del padecimiento del miedo transforma al individuo. A ello se suma que la modificación de su racionalidad de percepción del objeto, vivencia o información generadora de éste le produce una incertidumbre e inseguridad y con ello dolor, hecho que pasa a constituir el centro del problema a resolver: liberarse del dolor padecido. Así, el miedo se constituye en un estado de desorientación, de ceguera afectiva y constituye el problema más importante de la vida; es

sufrimiento psíquico (Diel, 1993: 15-19). Por ello es que el temor “actualiza un proceso profundo de ritualización con el fin de destruir el suspenso y la incertidumbre propia del futuro” (Korstanje 2009).

IV.3. El proceso de “desensibilización”.

La racionalidad existente en el individuo antes de percibir a un objeto, vivencia o información como amenazante es transformada al experimentar dolor, generándose una racionalidad del miedo. Se produce, precisamente, un estado psicofisiológico de dolor del que se quiere escapar por medio de una legitimación racional del miedo. Esta puede para ello, paradójicamente, instalar otros miedos. Pero las reacciones, junto a la interpretación racionalmente concebida, al mismo tiempo, contemplan la activación de elementos fisiológicos, como se mencionó, que influyen en la interpretación que sigue un curso también neurológico. La hipótesis sobre la *desensibilización* planteada por Daniel Feierstain permite precisar la forma en que opera esta racionalidad del miedo. Determina tres reacciones básicas de comportamiento. La primera de ellas es la *habitua*ción. Ante la aplicación de un estímulo, “la inocuidad del estímulo en tanto agresión, la inexistencia de otras acciones y la reiteración habitúan al organismo a dicho estímulo, reduciendo cada vez más su transmisión a través del circuito neuronal”. La segunda reacción es la *sensibilización*, que se genera cuando un estímulo no es inocuo sino doloroso. Entonces, “todo el sistema nervioso queda sensibilizado ante cualquier otro posible estímulo, en tanto se busca generar respuestas vinculadas a la evitación del dolor o al enfrentamiento de éste”. El sentido adaptativo es que “el organismo se sensibiliza como respuesta a la agresión, ya que supone una necesidad de acción incrementada en tanto es más que posible que la agresión continúe o se agrave, obligando a acciones para evitarla o confrontarla”. La tercera reacción es el *condicionamiento*, en el que se crean “nuevas vías de comunicación neuronal cuando se asocia un estímulo inocuo a un estímulo agresivo”. A partir de lo anterior, Feierstain plantea la existencia de una *desensibilización*, generada por “el sometimiento permanente a un estímulo doloroso, ante el cual no hay posibilidad de acción (inviabilidad de la evitación-huida o la confrontación)”. La respuesta adaptativa es “el apaciguamiento del conjunto de transmisiones sinápticas vinculadas al dolor” y, como la única finalidad adaptativa del dolor se vincula a constituir un sistema de alerta para la acción, “Si la acción se encuentra obturada, entonces todo el sistema nervioso de comunicación del dolor debiera sufrir una lenta pero sostenida adaptación a fines de ir deprimiendo la intensidad de la transmisión”. Si se piensa en función de la definición de terror aquí planteada, donde éste es generado por una experiencia prolongada de miedo sin posibilidad

de dispensa de él, el concepto de *desensibilización* permitiría comprender sus alcances neurológicos vinculados a la interpretación de la realidad, al conocimiento que el individuo y sociedad elaboran al respecto.

En los tres primeros niveles mencionados no hay creación de nuevas conexiones. Para la creación de memoria de largo plazo -proceso central, por ejemplo, para desarrollar miedos, *miedos derivativos* o para refundarlos- se requiere crear nuevas vías de comunicación. Feierstein, sin descartar el funcionamiento genético involucrado, plantea que existen dos modos en que ello ocurre: por la repetición y por la afección emocional, que operan genética y cerebralmente en forma distinta. La mayoría de estas transformaciones, afirma, “se dan a nivel no consciente”. Pero la memoria es un proceso constructivo y no literal, en el que las representaciones tienen una función adaptativa vinculada a la búsqueda de sentido, lo que “permitirá dar cierta eficacia a las acciones -la posibilidad de realizar los fines deseados- y cierta estabilidad y permanencia a los procesos de construcción de identidad, que como tales requieren altos niveles de coherencia interna”, es decir permitirá arribar a una situación de seguridad, si se proyecta operando desde una situación de miedo. Para Feierstein una respuesta adaptativa lógica a un ejercicio de sufrimiento prolongado y extremo como el que surge de someter a una sociedad a un sistema concentracionario, autoritario en función del terror, para este estudio, “podría ser una progresiva y creciente desensibilización general”.

Al anular la experiencia traumática padecida se produce un fenómeno transubjetivo, el *pacto denegativo*, por el cual se establece “un consenso nunca formulado en la reproducción de la represión, que opera colectivizando aquello que no puede ni debe ser formulado y acallando a los sujetos que intentan hacerlo aparecer”⁴. Esta desensibilización “también opera a nivel de la subjetividad individual” pero “con efectos de acumulación histórico-social”. Es una “acumulación desensibilizadora” que “refiere a hechos que afectan a grupos importantes de la población”, y “se articula histórica y socialmente como una ideología estructurada y estructurante de la desensibilización, como instauración ideológica de la *falta de sentido* construida en la imposibilidad de abordaje de lo traumático”. Es

4 Feierstein agrega que se producen mecanismos colectivos de ajenización y distanciamiento, a través de un proceso narrativo “que excluye deliberadamente a la primera persona y se estructura como la narración de algo ocurrido *a otros*”. Expresa que “No se trata de un proceso conspirativo ni consciente, sino de modalidades narrativas que emergen y van ganando hegemonía en tanto lograr articularse profundamente con los pactos denegativos”. La repetición (del significante) y la rutina (de lo cotidiano) son quienes establecen el contexto para convertir en comprensible la producción de sentido funcional al terror. Posibilitan ganar tiempo, para que se consolide la *desensibilización* y la *ideología del sin sentido*, y el signo se asiente, para que la transformación duela cada vez menos, hasta convertirse en normalidad (2012: 80).

una *ideología del sin sentido*, “basada en la renuncia consciente e ideológicamente justificada a toda búsqueda de estructuración de la propia identidad, articulada algunas veces con el cinismo, otras con el nihilismo, las menos con la sátira o la burla” (Feierstein, 2012: 34-81).

La hipótesis de Feierstein es planteada para un sistema concentracionario y puede operar analíticamente para comprender un sistema autoritario como el Régimen Cívico-Militar chileno, o situaciones de crisis de un sistema democrático liberal, en que los normales espacios de control sociopolíticos, económicos, psíquicos, ideológicos y religiosos comienzan a verse menoscabados, es decir, cuando la inseguridad y el miedo escalan a niveles mayores, en que la permanencia de una identidad social está amenazada, que fue lo ocurrido a las elites de derecha y terratenientes en la década del sesenta y a no pocos militares de la oficialidad, individuos del centro político y miembros de la Iglesia Católica desde la década del sesenta.

IV.4. La carga simbólica.

Todas las experiencias emocionales, políticamente profundas, acumulan en la memoria la interpretación de los objetos que generan el padecimiento en forma simbólica. Se comprende así que “... la amplitud de los grandes miedos sociales que conmovieron las sociedades de Occidente contemporáneo no tiene las más de las veces ninguna relación con la importancia real de su objeto” que en su momento lo genera, lo que explicaría que el nacimiento del mito político se sitúe “en el instante en que el trauma social se transforma en trauma psíquico” encontrando su origen “en la intensidad secreta de las angustias o las incertidumbres, en la oscuridad de los impulsos insatisfechos y las expectativas vanas”. Entonces operan las acumulaciones de las experiencias emocionales mencionadas. La efervescencia mítica, sostiene Girardet, comienza a desarrollarse a partir del momento en que se opera en la conciencia colectiva lo que puede considerarse como un fenómeno de no identificación en que el orden establecido aparece súbitamente ajeno, sospechoso u hostil y los modelos propuestos de vida comunitaria parecen vaciarse de toda significación y toda legitimidad. “La red de antiguas solidaridades se deshace” (1996: 170, 171). Por ello es que “La producción simbólica es el espacio donde se produce la metamorfosis del miedo” (Mongardini, 2007: 55, 56). Por ejemplo, en el trabajo referido del Régimen Cívico-Militar, sus documentos oficiales constituyen una elaboración simbólico-narrativa del miedo, porque son sus palabras las que activan una red de sentidos que están ancladas como memoria simbólica de largo plazo que operan para alcanzar seguridad y controlar o salir de un miedo, dando sentido a la experiencia amenazante que se

interpreta, porque el miedo es comunicación pero también vivencia, traumática en el período analizado o poco antes. Lo anterior es posible comprenderlo más ampliamente si también se considera que los miedos pueden acumularse⁵.

V. ESTUDIANDO EL MIEDO.

V.1. Realidad, discurso y conciencia. Una propuesta metodológica.

Chóliz expresa certeramente que “una de las razones de la variedad de modelos teóricos acerca de la emoción se debe al hecho de que cada orientación incide especialmente sobre alguna de las variables que la componen, sobre las cuales se establecen los diversos desarrollos conceptuales y procede al estudio de las misma mediante procedimientos metodológicos alternativos” (2005: 23). En el caso de la emoción en estudio, el miedo, de acuerdo al concepto propuesto, posee varios elementos (emoción, objeto o situación, fisiológico, creencia y/o interpretación, incertidumbre-dolor, acción de control o dispensa, desarrollo temporal) que no actúan sincrónicamente y que por su dinamismo histórico, debido a la evaluación que se realiza constantemente del entorno, se modifican reorganizándose, operando en forma similar al dispositivo que describe Deleuze en no poca medida (1990: 155-163). En este trabajo se expone metodológicamente sólo su estudio en una perspectiva sociopolítica, enfatizando la variable cognitiva relacionada con la inseguridad (en cuanto creencia que atribuye amenaza o peligrosidad a un objeto o situación que se vivencia), lo que permite delimitar sus objetos, sujetos o situaciones generadoras, la incertidumbre vinculada a ello, sus desarrollos temporales y la acción desarrollada para anularlo o controlarlo⁶. Las fuentes utilizadas son escritas, documentos oficiales del Régimen Cívico-Militar desarrollado

- 5 Fundamental en este sentido es el concepto de *miedo derivativo*, para Bauman, “el sedimento de una experiencia pasada de confrontación directa con la amenaza” que “puede ser *disociado* en la conciencia de quien lo padece”, pudiendo interpretarlo en relación con cualquiera de los tipos de peligro, con independencia de las pruebas de las contribuciones y la responsabilidad relativas a cada uno de ellos. Por ello, las reacciones defensivas o agresivas resultantes destinadas a atenuar el temor pueden ser separadas de los peligros realmente responsables de la presunción de inseguridad (2007: 11, 12). Ante objetos, sujetos o situaciones de peligro o amenaza similares a las anteriormente experimentadas, se activan.
- 6 Similar método se emplea en la elaboración del artículo “La producción e instrumentalización política del miedo en la concepción cristiana y nacionalismo de la *Declaración de Principios de la Junta de Gobierno de Chile, 1974*” (2014 b). Pero también con enfoques metodológicos menos complejos es posible describir temáticamente el desarrollo del miedo en determinados contextos. Ejemplos son los trabajos del autor “Legitimación, violencia y miedo en la Provincia de Ñuble” (2014 c) y, con Maximiliano Korstanje, “Miedo, trascendencia y política. Proceso de Reorganización Nacional, Argentina” (en proceso de publicación).

en Chile, entre los años 1973-1980. Cada una de ellas permite situar las inseguridades-seguridades que se mencionan en estos discursos en un contexto específico y analizar su desarrollo temporal más amplio. Son el *Acta de Constitución de la Junta* (1973), el *Bando N° 5* (1973) y *Realidad y Destino de Chile* (1973); la *Declaración de Principios de la Junta de Gobierno* (1974); el *Objetivo Nacional* (1975); el *Discurso de Chacarillas* (1977); *Visión Futura de Chile* (1979) y la Constitución de 1980 (1980). La determinación discursiva en cada uno de estos discursos de *coherencias locales* y *globales* permite precisar, entre 1973 y 1980, *macroestructuras* (Van Dijk, 1997: 9, 17-19) de significado que, contrastadas con el contexto de producción de cada discurso, permiten percibir sus variaciones y la construcción y mantención del *terror*⁷.

Las palabras o frases vinculadas a objetos o situaciones de inseguridad/seguridad son, en el texto, los *acontecimientos*⁸, pese a que estos aun no son contextualizados fuera de él (lo que va a permitir la comprensión del proceso en el cual el concepto recibido del contexto transita a significado, preparando la acción). El paso inicial es precisar los *acontecimientos* por medio de una gramática de texto, que debe construirse sobre observaciones del verdadero uso de la lengua, que en este caso se relacionan con la mención de objetos o situaciones de inseguridad/seguridad, como se expresó, de lo que se da cuenta no sólo en las oraciones sino también en las relaciones entre estas, es decir, de los textos enteros subyacentes a estas emisiones, pues es ahí donde se percibe su función semántica y, en parte, pragmática. Se establecen también *secuencias*, una ordenación lineal de oraciones en el tiempo o en el espacio, las que también se pueden definir semántica y pragmáticamente. Así es como se logra agrupar las inseguridades y seguridades en temas trascendentes e inmanentes, políticos, sociales, económicos y culturales, según la mayor reiteración de determinadas palabras, significado de frases en el texto, o sus *secuencias*. De esta forma se determinan en esta primera etapa las *coherencias locales* y *globales*. La *coherencia lineal* o *local* se define

7 El *terror* es un miedo de origen traumático en que el control o anulación del objeto, vivencia o información que lo generan se mantiene sin solución en el largo plazo, produciéndose su naturalización, que se traduce en una transformación de la identidad política existente previa a su padecimiento. Es producido sistemáticamente desde el Estado. Opera para su desarrollo junto a otros elementos funcionales a este efecto, no necesariamente derivados de la cultura política o del Estado. Alcanza a toda la sociedad y su profundidad se consolida en cuanto fenómeno biopolítico (Timmermann, 2014: 40).

8 El “acontecimiento” es un “hecho *notado*, señalado a nuestra atención, registrado, convertido de un modo u otro en visible para nuestra mirada... lo que decidirá su importancia no es el ruido que haga en su momento o el ruido que se haga en torno de él, sino las consecuencias que se deriven o no de él”. “No representan la historia entera del tiempo que pasa sino superficie nada más” (Braudel, 2002: 24, 25).

en términos de relaciones semánticas de oraciones individuales de la *secuencia*. La *coherencia global* caracteriza a un texto como un todo. La etapa final es la construcción de *macroestructuras*, los contenidos globales de un discurso, no a partir de un discurso en particular sino de todos los del Régimen Cívico-Militar estudiados desde 1973 a 1980. Esta es la *macroestructura* del miedo.

La coherencia pragmática se establece a partir de los actos del habla que se logran al emitir un texto en un contexto adecuado. Esta es la razón central que lleva a completar las nociones de coherencia, como la de *macroestructura*, con una explicación cognoscitiva historiográfica, que busca establecer desde su contexto de producción, en función de la situación de poder que experimenta el Régimen Cívico-Militar, la “semántica intencional de textos”, que da cuenta del tránsito de lo que se constituye culturalmente, desde un concepto (que se adquiere de los contextos sociales, políticos, económicos y culturales) a significado (que se desarrolla de acuerdo a la acción necesaria para adaptarse al contexto).

V.2. Un breve contrapunto.

El método propuesto en el estudio citado sobre el Régimen Cívico-Militar, pese a las limitaciones mencionadas en cuanto a perspectiva⁹, elementos del miedo y fuentes utilizadas, muestra que trabajando con sus dimensiones temporales y culturales es posible “desencializar” las emociones, estableciendo su historicidad.

La escala de observación del trabajo no es individual sino colectiva, y establece contextos temporales específicos que evitan generalizaciones sin fundamento empírico en los resultados. Pensando en lo establecido por Bárbara Rosenwein-cuyo método vincula palabras a emociones y establece patrones de significado mayor, en forma relativamente similar al aquí expuesto-,siguiendo su concepto de *comunidades emocionales* (2006), la forma de estudio descrita aquí permitiría, a partir de la determinación de las percepciones de inseguridad/seguridad de grupos principalmente de la derecha política gremialista y neoliberal y militares en los textos oficiales, ver la mirada que poseen en cuanto constituir un *Nosotros* y respecto a quienes constituyen un *Ellos*, y sobre la economía, religión, sociedad, cultura, etc., lo que permite establecer las dinámicas de los miedos que padecen y que producen. Como se logró en contextos diferenciados, donde especialmente los grupos gremialistas desde 1975 modifican en parte sus preceptos ante el predominio neoliberal (Timmermann, 2009: 106-200), permite también dar cuenta de las variaciones de estos elementos en función de contextos

9 Que es sociopolítica, y se aproxima a Bourke (2006), en cuanto al rol político de las emociones y sus efectos sobre el desarrollo de las relaciones de poder entre 1973 y 1980.

cambiantes y, con ello, de estas *comunidades emocionales*. Pero lo anterior no es posible establecerlo en un régimen autoritario, con escasa absorción de cambio histórico, pese a todo. Debido a estas razones, el método aquí propuesto debe ser probado y perfeccionado para ser aplicado a contextos de democracia liberal, donde las *comunidades emocionales* sí absorben cambios, siendo más difícil su pervivencia emocional estable. Al respecto, el concepto de *Régimen Emocional* de William Reddy (1997), por la variedad de aspectos con que establece el origen de las emociones, podría ser un camino fecundo para superar esta limitación. Es importante señalar también que, si bien las fuentes mencionadas permiten estudiar grupos específicos, vinculados al ejercicio del poder político en el Régimen Cívico-Militar, es indudable que un panorama más amplio del miedo allí se obtendría ampliando a los grupos restantes los análisis.

Sobre el uso de la lingüística, es necesario expresar que, aunque se valora de Reddy su aporte teórico con sus “objetivos emocionales” o *emotives*, no coincidimos en la dependencia excesiva que tiene de ella su método, porque las *coherencias locales o globales* y las *macroformas* del miedo obtenidas adquieren significado histórico sólo al ser detalladamente contrastadas con su contexto de producción, es decir, historizadas. Pese al rol cognitivo de las emociones que se privilegia en este trabajo, imponiendo necesariamente una predilección por su historización, de su relación con los determinantes lingüísticos o del discurso, no se deduce una dependencia absoluta. Por ello, por ejemplo, es que, a diferencia de Peter y Carol Stearns y su propuesta desde las “emotionology” (Stearns-Stearns, 1985: 813-830), se cree aquí que, más allá de establecer reglas que gobiernen la expresión de las emociones en la sociedad, es su procesamiento emocional cognitivo del individuo, la atribución de un significado para operar pragmáticamente, lo que posibilita su acción histórica.

Se concuerda con Plamper en cuanto a que se deben desarrollar aún más los conceptos emocionales, ver el rol que en su transmisión juegan los medios de comunicación, explorar la historia oral y ser cuidadoso en el uso de los aportes de la neurociencia al aplicarlos a estas investigaciones (2014: 28). Coincidimos con Zaragoza, además, en que es necesario avanzar en la diversificación de las fuentes y en el método, que es el predominante en los trabajos históricos sobre emociones: el análisis de textos (2013: 6-8). Sin embargo, pese a ello, se cree que aquí se avanza respecto a las críticas formuladas por Burke (2005: 35-49), en cuanto a la falta de un marco analítico riguroso en el estudio de las emociones, pues se procura establecer a partir de sus concepciones y representaciones su diferenciación de los afectos y se trabaja con una expresión específica, el miedo. También, mediante un método propuesto, se establece un uso prudente de los estudios psicológicos, adecuándolos a la escala temporal de la emoción, y a su proyección

propriadamente histórica en su desarrollo. Por supuesto, se cree aquí que la emoción es un constructo social, pero no se desconoce su dimensión psicofisiológica, que nunca se ausenta.

VI. CONCLUSIONES.

Es posible llegar a un relativo control de la incertidumbre generada por no saber con precisión lo que el tiempo venidero nos depara por medio, entre otras formas, de una interpretación del pasado en función de lo que acontece en el presente. Es la conciencia histórica que ordena el mundo y actúa como soporte de las acciones que forman parte de ella. La incertidumbre, un componente central del miedo, puede ser analizada en su desarrollo histórico en función de esta emoción. Vinculado a conocimiento, necesariamente el miedo lleva implícita una determinada conciencia histórica y, por ello, puede ser útil para comprender la acción del hombre en distintas épocas, más aún si su dinámica se debe a la especificidad del contexto en que opera. Fenómeno fisiológico individual e intersubjetivo, entre otros, une al individuo y a la sociedad en un contexto emocional cambiante, estableciendo una forma de diseñar el ser-en-acto histórico, una identidad histórica determinada.

El miedo, en cuanto efecto emocional variable generado por una interpretación de una vivencia, objeto o información como potencialmente peligroso, cuando su control o anulación es incierta, es un proceso en que se experimentan en ritmos temporales diferenciados y de diversa forma sus componentes, no es sólo padecer dolor. Mientras un individuo o sociedad esté experimentado uno de ellos, está sintiendo miedo. Si su memoria lo internaliza como *miedo derivativo*, es un miedo latente. Si éste se activa, es un miedo concreto. Miedo siempre existe.

En cuanto proceso (pienso en Elías, en la forma en que enlaza la *psicogenética* con la *sociogenética*) (1997), su estudio permite conocer, más que el ser, el siendo del acontecer social, integrando sus elementos estructurales pero también relacionales, los órdenes sincrónicos pero también diacrónicos. Pero no se trata de plantear que en todo estudio del miedo estos aspectos confluyan armónicamente. Posiblemente sólo algunos estén presentes y en distintas intensidades, dependiendo del contexto analizado. También dependerá, por supuesto, de las fuentes disponibles para su observación pero, especialmente, del tipo de miedo estudiado.

El miedo es históricamente muy variado en sus manifestaciones, y para su comprensión lleva necesariamente a procurar establecer el justo espesor del contexto emocional de su desarrollo como una síntesis procesal de amplios contenidos temáticos, susceptibles de generar un diálogo que clarifique los escenarios cambiantes de inseguridad-seguridad. Aunque el reto es mayúsculo, no conside-

rar la posibilidad de explicar el peso que las emociones tienen en la comprensión de la acción histórica es renunciar a establecer una mirada más amplia del hombre mismo y seguir insistiendo en las polarizaciones binarias que lo enmarcan. Ya se mencionó que un camino es percibirlo en cuanto dispositivo en el marco de una enunciación, siempre contrastados con el irrenunciable contexto histórico, no para generar descripciones que muestren el “hecho puro”, absoluto y resuelto sino explicaciones que instalen mayores cuestionamientos, entre otros aspectos, sobre la producción de miedo, de olvido, de memoria en un ámbito capitalista más ampliamente concebido en que el “giro” de las emociones o de los afectos (Lara-Domínguez, 2013) nos lleve al necesario giro del sujeto que a menudo la historiografía ignora.

Las emociones y el miedo son temas delicados y complejos, porque si bien no plantea mayor dificultad percibir al miedo como un acontecimiento de carácter historiográfico, pues permite captar un antes y un después, no se debe olvidar que aún se le percibe existiendo en un ámbito que Veyne denominó plano ontológico de la historia y la sociedad (Malerba, 2013: 64-69), es decir, en la realidad propia de la vida humana, aquella existente más allá de los discursos y del plano epistemológico de la historia, este último generado por los historiadores. Esta diferencia, esta distancia cognitiva expone una carencia, una falta de pertenencia a la historiografía de un aspecto humano. Su estudio surge como un reto, cuyos resultados ampliarán la comprensión de lo que fuimos y, especialmente, de lo que somos.

VII. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.

1. Ankersmit, Frank. *Experiencia histórica sublime*. Buenos Aires: Editorial Palinodia, 2008. Impreso.
2. Bauman, Zygmunt. *Miedo Líquido*. Buenos Aires: Paidós, 2007. Impreso.
3. Belmonte, Carlos. “Emociones y cerebro”. Madrid: *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. Vol. 101, N° 1, Real Academia de Ciencias, 2007, 59-68. Impreso.
4. Bourke, Joanna. *Fear.A Cultural History*. EE.UU: Shoemaker & Hoard Edition, 2006. Impreso.
5. Braudel, Fernand. *Las ambiciones de la historia*. Barcelona: Editorial Crítica, 2002. Impreso.
6. Burke, Peter. “Is There a Cultural History of the Emotions?”. Gouk, Penelope y Hills, Helen. *Representing Emotions: New Connections in the Histories of Art, Music and Medicine*. Aldershot: Imprint Ashgate, 2005, 35-48. Impreso.

7. Cabrera, Miguel. *Historia, Lenguaje y Teoría de la Sociedad*. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.), 2001. Impreso.
8. Chóliz, Mariano (2005): “Psicología de la emoción: el proceso emocional”. Valencia: Departamento de Psicología Básica. Universidad de Valencia, 2005. Web. 3 Ene. 2015. www.uv.es/choliz/proceso%emocional.pdf.
9. Camps, Victoria. *El Gobierno de las emociones*. Barcelona: Herder, 2011. Impreso.
10. Deleuze, Gilles. “¿Qué es un dispositivo?”. En: *Michel Foucault Filósofo*. Varios Autores. Barcelona: Editorial Gedisa, 1990, 155-163. Impreso.
11. Delumeau, Jean. *El miedo en Occidente (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*. Madrid: Editorial Taurus, 2002. Impreso.
12. Delumeau, Jean. “Seguridad. Historia de una palabra y de un concepto”. En: Delumeau, Jean et. Al. *El Miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región, 2002, 71-82. Impreso.
13. Delumeau, Jean. “Miedos de ayer y de hoy”. En: Delumeau, Jean, et. Al. *El Miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región, 2002, 9-21. Impreso.
14. Diel, Paul. *El Miedo y la Angustia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. Impreso.
15. Elias, Norbert. *El proceso de la civilización (Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987. Impreso.
16. Escalante, Fernando. *La política del terror. Apuntes para una teoría del terrorismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990. Impreso.
17. Feierstain, Daniel. *Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2012. Impreso.
18. Flotes, Pierre. *El Inconsciente en la Historia*. Madrid: Editorial Guadarrama, 1971. Impreso.
19. Ginzburg, Carlo. *Medo, reverencia, terror*. Sao Paulo. Editora Schwarcz S.A., 2009. Impreso.
20. Girardet, Raoul, *Mitos y mitologías políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996. Impreso.
21. Kessler, Gabriel. *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2009. Impreso.
22. Korstanje, Maximiliano. “La Fobología, ¿ciencia o forma de entretenimiento?” Madrid: *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Vol 31, Universidad Complutense de Madrid, 2011, 1-6. Impreso.
23. Korstanje, Maximiliano. “Democracia, autoritarismo y razón populista”. Madrid: *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Número

- Especial: América Latina, Universidad Complutense de Madrid, 2013. Electrónica.
24. Korstanje, Maximiliano-Timmermann, Freddy. “Miedo, trascendencia y política. Proceso de Reorganización Nacional, Argentina” (en proceso de publicación). Impreso.
 25. Lara, Alí y Domínguez, Giazú. *El Giro Afectivo*. Barcelona: Athenea Digital, Universidad Autónoma de Barcelona, 2013. Electrónica.
 26. Lechner, Norbert. “Nuestros Miedos”. En: Delumeau, Jean et. al. *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región, 2002, 135-158. Impreso.
 27. Malerba, Jurandir. *Teoría, Historia & Ciencias Sociales. Ensayos Críticos*. Rosario: Protohistoria Ediciones, 2013. Impreso.
 28. Maureira, Fernando-Sánchez, Crystian. “Emociones biológicas y sociales”. Santiago. *Revista Gaceta de Psiquiatría Universitaria* 7, Universidad de Chile, 2011, 183-189. Impreso.
 29. Mannoni, Paul. *El Miedo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984. Impreso.
 30. Mongardini, Carlo. *Miedo y Sociedad*. Madrid: Alianza Editorial, 2007. Impreso.
 31. Monitz, Luis. *Fórmula para el Caos. La caída de Salvador Allende (1970-1973)*. Santiago: Editorial Debate, Editorial Debate, 2008. Impreso.
 32. Moraña, Mabel. “Postcríptum. El afecto en la caja de herramientas”. En: Moraña, Mabel y Sánchez, Ignacio. *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina*. Madrid: Editorial Iberoamericana, 2012, 313-337. Impreso.
 33. Nussbaum, Martha. *El Ocultamiento de lo Humano. Repugnancia, Vergüenza, Ley*. Buenos Aires: Katz Editores, 2006. Impreso.
 34. Ortega, Francisco. “El trauma social como campo de estudios”, *Trauma, cultura e historia. Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales, 2011, 17-59. Impreso.
 35. Plamper, Jan. “Historia de las emociones: caminos y retos”. Madrid: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36, Universidad Complutense de Madrid, 2014, 17-29. Impreso.
 36. Reber, Dierdra. “La afectividad epistémica: el sentimiento como conocimiento en El secreto de sus ojos y La mujer sin cabeza”. En: Moraña, Mabel y Sánchez, Ignacio. *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina*. Madrid: Editorial Iberoamericana, 2012. Impreso.

37. Reddy, William. "Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions". *Current Anthropology*, N° 38. The University Of Chicago Press, 1997, 327-351. Impreso.
38. Rodríguez Salazar, Tania. "El Valor de las emociones para el análisis cultural". Barcelona: *Papers 87*, Universidad Autónoma de Barcelona, 2008., 145-159. Impreso.
39. Rosas, Fernando. "El Miedo en la Historia: lineamientos generales para su estudio". *El miedo en el Perú. Siglos XVI al XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2005, 23-32. Impreso.
40. Rosas Lauro, Claudia. "El miedo en la historia del Perú. Bases teóricas y metodológicas para su estudio". Lima: *Tiempos, Revista de Historia y Cultura*. N° 7, Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2012, 123-140. Impreso.
41. Rosenwein, Bárbara. *Emotional Communities in the Early Middle Ages*. New York: Cornell University Press, 2006. Impreso.
42. Sofsky, Wolfgang. *Tratado sobre la violencia*. Madrid: Abada Editores, 2006. Impreso.
43. Peter N. Stearns y Carol Zisowitz Stearns. "Emotionology: clarifying the History of Emotions and Emotional Standards". *American Historical Review* 90, Oxford University Press, 1985, 813-836. Impreso.
44. Stern, Steve. *Recordando el Chile de Pinochet. En visperas de Londres 1998*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2009. Impreso.
45. Timmermann, Freddy. "Declaración de Principios de la Junta Militar. Chile, 1973-1980". Tesis. Universidad de Chile, 2009. Impreso.
46. Timmermann, Freddy. *El Gran Terror. Miedo, discurso y emoción*. Santiago: Editorial Copygraph, 2014 a. Impreso.
47. Timmermann, Freddy. "La producción e instrumentalización política del miedo en la concepción cristiana y nacionalismo de la *Declaración de Principios de la Junta de Gobierno de Chile, 1974*". *Revista Alpha*. Universidad de los Lagos, Osorno, 2014 b, 213-224. Impreso.
48. Timmermann, Freddy. "Legitimación, violencia y miedo en la Provincia de Ñuble". *Revista Tiempo y Espacio*. 2014 c, 183-206. Impreso.
49. Van Dijk, Teun. *Estructuras y Funciones del Discurso*. México: Siglo Veintiuno, 1997. Impreso.
50. Zaragoza, Manuel. "Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión" Madrid: *ASCLEPIO: Revista de Historia de la Medicina y de Ciencia* 65, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Estudios Históricos, 2013. Web. 4. Mar. 2015. <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.12>.